



IDICSO

Instituto de Investigación en Ciencias Sociales
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad del Salvador

**ÁREA ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES
Y POLÍTICAS PÚBLICAS**

*Lo que queda a los jóvenes.
Capital social, trabajo y juventud
en varones pobres del
Gran Buenos Aires, Argentina*

MARÍA EUGENIA LONGO

Buenos Aires, Agosto 2003

TABLA DE CONTENIDOS

A. Introducción.....	1
B. Abordaje metodológico.....	4
C. Capital social, trabajo y juventud.....	5
1. Capital social	5
2. Origen del capital social, trabajo y crisis.....	8
3. Juventud y trabajo.....	10
D. Caminos de ruptura y fragilidad	12
E. Consideraciones finales y propuestas de intervención.....	16
Referencias bibliográficas	19

Lo que queda a los jóvenes. Capital social, trabajo y juventud en varones pobres del Gran Buenos Aires (Argentina).*

por María Eugenia Longo**

¿Qué les queda a los jóvenes?
(Mario Benedetti)

*¿Qué les queda por probar a los jóvenes en
este mundo de paciencia y asco?
¿Sólo graffiti? ¿rock? ¿escepticismo?
también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros.*

*¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿Cocaína? ¿cerveza? ¿barras bravas?
les queda respirar, abrir los ojos,
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos.*

A. Introducción

En el presente informe de investigación se aborda la temática del capital social de los jóvenes y su relación con el mundo del trabajo.

El estudio se propone, específicamente, indagar las redes de relaciones y la construcción de nexos de solidaridad vinculados al ámbito laboral que poseen varones jóvenes pobres ocupados en condiciones de precariedad y residentes en

* Esta investigación surge en el marco de la elaboración de la tesis de grado de la Licenciatura de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador. El interés por la temática de Trabajo, Juventud y Pobreza, y la emergencia durante el análisis de nuevos interrogantes, fuertemente ligados a la dimensión vincular, conducen la investigación a un estudio de las relaciones que mantienen los jóvenes, y, con ello, a la temática del Capital Social.

** Lic. en Sociología, Universidad del Salvador. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador. Investigadora Adjunta del Área de Organizaciones No Gubernamentales y Políticas Públicas, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO), Universidad del Salvador. Miembro del Área Identidad y Representación, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CEIL-CONICET).
Dirección de correo electrónico: meugenialongo@yahoo.com.ar.

el conurbano bonaerense¹ (provincia de Buenos Aires, Argentina), para comprender la naturaleza y las modalidades de esos vínculos.

El proyecto de investigación comenzó indagando el peso del trabajo en la vida de estos jóvenes y en la generación de capital social, pero, inmediatamente, -y de acuerdo a la estrategia metodológica cualitativa adoptada- fueron surgiendo inductivamente nuevos interrogantes que condujeron a examinar, para estos casos, redes de vínculos más amplias que desbordaron el ámbito del trabajo.

Así fue como, la intención inicial de centrarnos en este eje conceptual -el trabajo de los jóvenes y el peso del mismo en la construcción de nexos de solidaridad, porque, anteriormente, había sido un tradicional espacio de generación de vínculos de solidaridad e intercambio- nos condujo a analizar los vínculos que los jóvenes mantienen en diferentes niveles y dimensiones de su existencia (el de la intimidad, el de las relaciones intermedias con la sociedad y el de las relaciones con las instituciones sociales más globales y mediatas).

La justificación de indagar el capital social de los jóvenes en el mundo del trabajo tiene su origen en que este último, en el marco de la sociedad industrial, fue central en la organización de la sociedad y de la vida de los sujetos. Era indiscutible el peso del trabajo en las conciencias, en los tiempos cotidianos y en la construcción de redes de relaciones presentes y futuras de las personas. Por otra parte, el trabajo fue un factor decisivo, un eje y un referente primordial de la estructuración de las redes de inserción de los jóvenes en la sociedad.

Sin embargo, el trabajo en su forma clásica (aquella desplegada sobretudo luego de la Segunda Guerra Mundial), como trabajo asalariado, dentro de un marco estable con seguridades sociales y beneficios crecientes, entró en crisis desde hace unas décadas. El desempleo, la informalidad, la precariedad, los bajos salarios, y la desregulación de la legislación individual y colectiva han caracterizado la nueva situación y cuestionado la centralidad del trabajo en la sociedad, en las conciencias, y en el establecimiento de vínculos interpersonales fuertes. Ante esta crisis, los jóvenes son uno de los grupos más perjudicados por la nueva situación y, aún más, si se encuentran en situaciones previamente desventajosas, como es el caso de los jóvenes víctimas de la pobreza.

Este informe procura iluminar, a través de algunas hipótesis resultantes de la investigación empírica, el conocimiento que se tiene acerca de las redes de relaciones con las que cuentan varones jóvenes, pobres residentes en el conurbano de la Provincia de Buenos Aires (Argentina).

Luego de presentar la metodología utilizada en esta investigación, se procederá a la definición del marco teórico mediante el cual se abordaron los conceptos de

¹ El conurbano bonaerense es el cordón urbano que rodea a la Ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina. Es una de las zonas de mayor concentración demográfica y de pobreza del país.

capital social, juventud y trabajo, para presentar, finalmente, las hipótesis y algunas propuestas de intervención consecuentes.

B. Abordaje metodológico

Este proyecto se llevó adelante mediante una estrategia metodológica predominantemente cualitativa. La misma permite el estudio profundo de procesos de definición por parte de los sujetos, mediante pautas flexibles y poco estructuradas.

Esta perspectiva metodológica exige un ir y venir entre los datos y la teoría y, de ésta a aquellos, que suele modificar, a lo largo de la investigación, tanto los aspectos conceptuales como la definición que se realiza de los sujetos de la investigación (Gallart, 1992).

Dentro de este marco, los interrogantes y conceptos iniciales indicaron un camino provisorio e hipótesis de trabajo (en tanto interrelación entre conceptos amplios) que fueron reelaborándose a lo largo de la investigación (por ejemplo, se pasó de un análisis que pensaba restringirse a la temática del trabajo, a otro que también abarcara relaciones fuera de ese espacio).

Un examen directo del mundo social y que, además, esté mediado por los sujetos estudiados inmersos en él, es el único posible, ya que puede permitirnos descifrar el proceso al cual los jóvenes se consagran para construir sus relaciones y entablar redes. Se busca con ello, privilegiar las propias experiencias y definiciones de las personas estudiadas, y convertirlas en una guía para el análisis.

Además, es posible estudiar procesos sociales complejos a través del discurso de quienes los experimentan, por eso, se optó por entrevistas abiertas y en profundidad, que siguieron el formato de relatos de vida. Las mismas fueron realizadas a jóvenes varones pobres y ocupados precariamente.

La selección de los casos se realizó de acuerdo a la accesibilidad de los mismos y según la lógica del muestreo teórico de Glaser y Strauss (1967), es decir, se buscó satisfacer criterios teóricos para permitir una minimización y maximización de los contrastes durante el análisis. El objetivo de la minimización y la maximización de las diferencias es el de comparar evidencia similar y diversa que sugiera categorías e hipótesis provisorias.

La cantidad de jóvenes seleccionados para el análisis siguió el criterio de "saturación teórica" (Glaser y Strauss, 1967). Según el mismo, la recolección de información cesa cuando no es posible hallar ninguna información adicional. Dicho criterio es acorde a un proceso de análisis y recolección, en el que el analista a la vez que selecciona, codifica y analiza su información.

C. Capital social, trabajo y juventud

"La confianza lubrica la vida social"

(Robert Putnam, 1993)

1. Capital social

El capital social es un concepto empleado, desde múltiples disciplinas, para definir la utilización que hacen, los sujetos y los grupos o comunidades, de sus relaciones y redes de relaciones con el fin de optimizar sus recursos (sean económicos, culturales o políticos) y, con ello, ampliar las posibilidades de influir sobre su medio y su destino.

Robert Putnam (1993) afirma que el concepto de capital social tiene relación directa con los mecanismos o aspectos de la organización social (como las redes, las normas y la confianza) que facilitan la coordinación y cooperación para recibir beneficios mutuos.

Las redes de compromiso promueven la generación de fuertes principios de correspondencia generalizada, que facilitan la acción colectiva y la satisfacción de las necesidades simbólicas, afectivas y materiales. Promover redes de participación significa estimular la generación de capital social, lo cual puede servir para estimular el progreso (Putnam, 1993).

El SCIG² (2001) define capital social como los sentimientos de simpatía que una persona o grupo sienten por otra persona o grupo. Dichos sentimientos pueden incluir admiración, cuidado, empatía, respeto, sentido de la obligación, y confianza por un *otro*.

La simpatía, como un bien socioemocional, es un recurso esencial en las relaciones interpersonales y de poder social, y requiere de reciprocidad.

Los bienes socioemocionales son constitutivos de cualquier relación que las personas entablan con su medio. Debido a ello, los sujetos se vinculan afectiva y no solo materialmente con su entorno. Por eso, la confianza es la base de la reciprocidad (presente y futura), ya que constituye el pilar sobre el cual se construyen las relaciones de simpatía hacia *otros*. Cuanto más cargada de afectos y sentimientos de simpatía esté una transacción, mayor es su valor para los sujetos involucrados, porque se incrementa el capital social de la misma, en la medida que aumenta el intercambio y el compromiso con esa relación.

Como afirma René Käs (1988), el yo se ve inmerso durante toda la vida en una trama de solidaridades, en una red de apoyos sobre los que se asienta el psiquismo individual. La pertenencia colectiva refuerza la identidad,

² Social Capital Interest Group de la Universidad del Estado de Michigan.

disminuyendo la incertidumbre valorativa sobre el propio futuro y adquiriendo una sensación de mayor continuidad.

En términos de Pierre Bourdieu, el capital social constituye un “agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones, más o menos institucionalizadas, de conocimiento o reconocimiento mutuo” (Portes, 1998).

En este sentido, el capital social debe ser entendido como la acumulación de varios tipos de haberes (*assets*) sociales, psicológicos, culturales, cognitivos, institucionales, y otros relacionados, que incrementan el monto o la probabilidad de un comportamiento cooperativo de beneficio mutuo (Uphoff, 2000). Entendido de esta forma, el capital social generado por personas que se encuentran en escenarios de vulnerabilidad y pobreza, implica un aumento de las posibilidades que tienen de salida a esa situación.

Como vemos, el capital social constituye un recurso esencial que se tiene cuando se es objeto de sentimientos de simpatía por parte de otra persona o grupo, y se provee cuando existen dichos sentimientos hacia otra persona o grupo.

Por otra parte, las redes de relaciones que se derivan del capital social acumulado, facilitan la coordinación y la comunicación y amplían la información. Esto mismo, tanto en la búsqueda laboral como en los intentos de solución de las propias carencias, constituye un recurso estratégico, sobre todo para aquellos peor ubicados o más desfavorecidos en la estructura social, como es el caso de los jóvenes pobres estudiados en esta investigación. Mucho más, si se considera que el haber de capital social -como la confianza y las redes- tienden a auto reforzarse y acumularse. La colaboración exitosa construye contactos y confianza que facilitan la colaboración futura en otras actividades distintas a las que generaron los vínculos iniciales (Putnam, 1993).

Ahora bien, es importante considerar, no solamente el valor de la relación en sí misma en tanto permite acceder a recursos, sino también, el valor resultante de la calidad y el monto de esos recursos. Si las redes de solidaridad son pocas y, además, la calidad y el monto del capital (lo que pueden intercambiar y cuánto pueden intercambiar) es limitado, como es el caso de los jóvenes en situación de pobreza, entonces, el capital social poseído es bajo. Por ejemplo, los jóvenes estudiados aquí suelen cambiar sus empleos precarios, informales e inestables por otros que consiguen a través de sus contactos familiares empleados, a su vez, en iguales condiciones, lo cual les impide mejorar la calidad ocupacional, o acceder a puestos que impliquen cierto progreso o ascenso en términos laborales y sociales.

Por eso, participar de transacciones en las cuales es posible adquirir capital social depende de tener recursos para intercambiar. En el caso de los pobres, cabe

preguntarse si existen dichos recursos, al no mantener relaciones con gran diversidad y cantidad de actores sociales.

En síntesis, la calidad y el monto de los recursos de una relación es importante, porque el capital social suele ser un medio para obtener otros tipos de capital, sea económico (mayores ingresos, préstamos, etc.), o cultural (formación, saberes, acreditaciones, etc.), lo que a su vez implican un abanico de nuevas relaciones sociales en ámbitos y modos antes no experimentados y con ello, un incremento del capital social invertido inicialmente.

Tipos de capital social

Por otra parte, según Robison y otros (2002), las relaciones de simpatía -bases del capital social- varían según la intensidad. No son iguales aquellas que se establecen entre familiares, compañeros de trabajo o militantes de un partido político. De ahí, que puedan ser clasificadas en tres tipos según la cercanía y la simetría que se establecen entre quienes se relacionan.

Por un lado, tenemos el capital social de vínculos ("bonding social capital"). Serían las relaciones sociales más íntimas o cercanas, basadas en intensos sentimientos de vinculación que pueden incluir el afecto y el cuidado mutuo existente entre familiares, parejas, compañeros de trabajo de larga data, o miembros de una minoría oprimida. Este tipo de relaciones implican un pacto o vínculo de unión muy intenso, derivado de rasgos comunes entre las personas heredados o creados dentro de contactos personales frecuentes y quizás fuera de los compromisos cotidianos.

En segundo lugar, estaría el capital social de nexos ("linking social capital"). Se trata de aquellas relaciones basadas en sentimientos de unión de intensidad moderada del tipo del respeto, la confianza, la colegiabilidad, como la que existe entre colegas, compañeros de trabajo, personas que tienen las mismas responsabilidades, miembros de un mismo club, comunidad o equipo atlético. Es el tipo de vínculos que se establece entre eslabones del mismo tamaño y peso y que comparten la misma tensión en una cadena. Se trata del capital social generado entre personas o grupos con igual estatus y recursos.

Por último, existe el capital social de puente ("bridging social capital"). Se trata de aquellas relaciones que conectan sujetos con diferentes montos y tipos de recursos. Son vínculos asimétricos entre personas con pocos rasgos adscriptos compartidos, un contacto limitado y con significativas diferencias de recursos, como suele existir entre un jefe y su empleado, un maestro y un estudiante, un famoso y su fan, o un dirigente y un ciudadano de un país.

Para finalizar, este análisis de la intensidad debe complementarse con un análisis de la multiplicidad e inmediatez de las relaciones que simultáneamente

mantienen y recrean los sujetos. Existen toda una serie de otros significativos con los cuales pueden relacionarse las personas y establecer redes de pertenencia y confianza, y con ello constituir capital social: desde las relaciones más inmediatas como la familia, los amigos o los compañeros de trabajo, hasta actores más mediatos, como los medios de comunicación, el estado y la escuela.

2. Origen del capital social, trabajo y crisis

Ahora bien, ¿dónde se origina el capital social? En núcleos de comunalidad ("kernels of commonality"), en rasgos compartidos -heredados o aprendidos- por los sujetos (Robison y otros, 2002). Es decir, en las características comunes generadas en el seno de las principales fuentes de socialización, donde las personas aprenden a ser *con otros* y en donde se constituyen en miembros de categorías sociales y grupos de pertenencia definidos.

Para la conformación de redes de apoyo o solidaridad mutua son centrales las características originadas en el respaldo familiar y las redes extrafamiliares, como el grupo generacional, el grupo étnico, la escuela, el trabajo, la vecindad o barrio, la amistad y las organizaciones sociales más amplias como una iglesia, un sindicato, un partido político u otras (Portes, 1998). Las personas y grupos mantienen distintas relaciones con estos diversos ámbitos de acción e intercambio, y suelen estar muy precarizados para los grupos sociales más empobrecidos.

Dentro de este marco, es posible analizar el papel que el trabajo cumple en la generación de capital social. El trabajo ha sido una dimensión central y uno de los fundamentos estructurantes de las llamadas sociedades industriales desde hace dos siglos. Si bien el trabajo después de la Revolución Industrial tomó diferentes formas, reconociéndose siempre como empleo asalariado, ha marcado a fuego las relaciones de los seres humanos con el mundo, entre sí y consigo mismos, convirtiéndose a partir de la década del cincuenta y según algunos autores, en un "hecho social total" (Meda, 1998), es decir, en relación social fundamental, en medio de integración social y en factor esencial de realización personal.

Las identidades se nutrieron durante décadas de representaciones sociales en torno al trabajo que, además de proporcionar seguridad y coherencia, se ajustaban a una realidad de crecientes beneficios laborales en una población mayoritariamente empleada y asalariada. De ahí que el empleo asalariado haya tenido la función de fortalecimiento de las solidaridades colectivas, como "forma moderna de estar-juntos y de cooperar" (Meda, 1998), es decir, de ser el soporte cotidiano del vínculo social.

Además, en el marco de un capitalismo patriarcal, la identidad profesional, hondamente vinculada a la identidad de género, se convirtió también en una de las dimensiones clasificatorias principales de la identidad, especialmente en el

caso de los varones -que es sobre quienes centra la mirada esta investigación. Tanto varones como mujeres construyeron en su interior un espacio para el trabajo cuyas fronteras fueron puntualizadas -entre otras causas- por su socialización de género.

Sin embargo, y en general para los países desarrollados y subdesarrollados, la década del setenta marcó el comienzo de una crisis, provocada por la disminución de las tasas de crecimiento de la productividad debido al agotamiento de la potencialidad de los procesos de trabajo, los shocks petroleros y el proceso de mundialización, que acarrearón la baja de las tasas de ganancia y dificultades para mantener el ritmo de la acumulación de capital (Neffa, 1999). Estos cambios fueron el entretelón de una nueva teoría de desarrollo: el neoliberalismo, que en su aplicación produjo un crecimiento inestable y desigual, crisis recurrentes y una baja de los salarios, del empleo y de las garantías conquistadas para este último ámbito. El desempleo en cifras increíblemente altas fue la primera y más llamativa manifestación del proceso creciente de exclusión.

Una nueva situación fue caracterizando el mercado de trabajo: desempleo estructural, trabajo no registrado, empleos precarios, rigidez salarial, pobreza y exclusión, desregulación de la legislación individual y colectiva del trabajo y disminución de la protección social como consecuencia de la crisis del Estado de Bienestar. Las categorías sociales más afectadas por la instauración, en Argentina, de este régimen de acumulación intensiva, centralización y concentración del capital y miseria (que trajo por consiguiente las características del mercado de trabajo señaladas arriba), cuya profundización se inicia, en nuestro país, a partir de 1989 con la ley de reforma del Estado³, fueron y son los jóvenes de sectores medios y pobres, los trabajadores migrantes, las mujeres sin formación y jefas de hogar, los trabajadores que envejecen y los minusválidos. Así como las tasas de actividad crecieron para la mayoría de los grupos según sexo, edad, nivel de ingresos, las tasas de empleo se incrementaron para las mujeres y disminuyeron para los jóvenes, debido a su baja empleabilidad (lo que equivale a un insuficiente nivel de calificaciones). El monto de los ingresos disminuyó (cayó el salario real individual y creció el familiar por el incremento del número de perceptores por hogar); y aumentaron las diferencias entre estratos en la distribución de ingresos. La informalidad fue mayor, aumentó el cuentapropismo y predominó la precariedad. El trabajo no registrado siguió creciendo, al igual que

³ El patrón intensivo de estos procesos se desarrolla a partir de la década del setenta, cuando los grupos monopólicos se hacen hegemónicos y centralizan el capital en su sector a expensas del resto, determinan el movimiento internacional de capitales, bienes, tecnología, conocimiento y fuerza de trabajo más allá de los Estados nacionales, y globalizan las relaciones de producción a escala mundial, orientadas de acuerdo a los intereses vitales del mundo desarrollado, quien gestiona el andamiaje neoliberal en nombre del "libre mercado". La necesidad de apropiarse del valor de trabajo producido localmente, que fractura las estructuras nacionales, es orgánica del nuevo patrón económico, ya que resulta ser la vía para compensar el déficit en la demanda de consumo y la caída de la tasa de ganancia promedio del sistema, que provocan la automatización de la producción y las relaciones de propiedad privada capitalizada.

las consecuencias del trabajo precario, la duración de la jornada de trabajo, el desempleo (que aumentó, principalmente, entre los de menores ingresos y entre mujeres y jóvenes) y la pobreza e indigencia (Neffa, 1999).

Las estadísticas disponibles sobre la juventud que demuestran la profundidad de estos fenómenos son sólidas y coincidentes⁴ y atestiguan que los jóvenes fueron los más excluidos del mercado de trabajo argentino. La falta de oportunidades de empleo -y su condición de trabajadores secundarios- había fomentado, en años anteriores, la salida de los jóvenes del mercado laboral. Este comportamiento laboral de los jóvenes persistió en el conurbano bonaerense, pero se modificó en otros aglomerados donde se observó, en los últimos años, una reinserción laboral de los jóvenes. La mayor participación laboral de los jóvenes se tradujo, en el marco de una fuerte caída del empleo, en una mayor tasa de desempleo (Siempro, 2002). De hecho, para octubre de 2002, un 58,3% de los jóvenes de entre 15 y 29 años del GBA trabajaban o buscaban un trabajo (es decir, se encontraban activos). Del total de esos activos, un 25,3% estaba desocupado, valor que ascendía a 37,6% si se analizaba el grupo de jóvenes pobres (a diferencia del 18,8% de desocupados que existe entre los jóvenes no pobres). Este valor se vuelve más crítico si se considera que más de la mitad (el 57,7%) de los jóvenes es pobre, condición que se acentúa a medida que baja la edad sobre la que se hace la medición⁵.

Aquí es donde se enmarca la pregunta de esta investigación: si el trabajo, por su función socializadora, sigue siendo un espacio de generación de vínculos, un lugar donde obtener y proveer recursos de capital social para los jóvenes pobres, como lo fue para generaciones anteriores y lo sigue siendo para jóvenes de otros estratos sociales.

3. Juventud y Trabajo

El trabajo (además de la familia, el grupo de pares y la pareja), como para los demás grupos, ha constituido para los jóvenes una fuente de socialización significativa para convertirse en objeto de relaciones de simpatía, y con ello proveerse y proveer capital social.

⁴ Según la EPH de Octubre de 2002, los jóvenes de entre 15 y 29 años representan un cuarto de la población del Gran Buenos Aires (26,1% del total de población que equivale a 2.744.244 jóvenes). Elaboración propia, en base a datos obtenidos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) de Octubre 2002, INDEC - Ministerio de Economía (www.indec.mecon.gov.ar).

⁵ Entre los jóvenes de 15 a 19 años el 68,1% es pobre, entre los que tienen 20 a 24 años el 55,2% y entre los de 25 y 29 años el 48,5% se encuentra bajo la línea de la pobreza, es decir, que no llega a satisfacer el conjunto de necesidades alimentarias y no alimentarias consideradas esenciales (medidas por la Canasta Básica Total). Este dato es todavía más alarmante en la población que se encuentra por debajo de los 14 años, entre los cuales 72,6% es pobre. Elaboración propia, en base a datos obtenidos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) de Octubre 2002, INDEC - Ministerio de Economía (www.indec.mecon.gov.ar).

Se podría decir que la juventud está caracterizada, generalmente, por la finalización de la etapa de formación inicial y, por las primeras experiencias de trabajo y estudio que marcan, como dice Claude Dubar (2000b), la construcción de una identidad. Según algunos estudios (Dubar, 2000a), la salida del sistema escolar y la confrontación con el mercado de trabajo constituyen un momento esencial de construcción de una identidad autónoma que, hoy por hoy, se ve atrapada en la encrucijada de un mercado de trabajo en crisis. Esta primera confrontación constituye la base de una identidad ocupacional que se irá construyendo progresiva y dialécticamente en el tiempo. Esta primera elección (del modo de inserción en el mercado de trabajo) está sumamente vinculada con la proyección de sí en un futuro, y con la anticipación de una trayectoria de empleo y aprendizaje que anticipará un determinado estatus social, y trazará una red de relaciones duradera para su vida adulta.

Sin embargo, los jóvenes presentan las mayores tasas de desempleo y subempleo; las peores condiciones de contratación; y cuando entran al mercado de trabajo, lo hacen en situaciones precarias, sin protección y sin estabilidad (Jacinto y otros, 1998).

Por eso, los riesgos de exclusión derivados de la no participación de un espacio y un tiempo común que resulta de la ausencia o la fragmentación del trabajo, podría afectar particularmente a los jóvenes, quienes se enfrentan con una disminución de sus oportunidades de inserción laboral y social, y con ello con mayores limitaciones de capital social.

Luego de esta caracterización de los principales conceptos involucrados, pasemos a las hipótesis resultantes del trabajo de investigación empírica.

D. Caminos de ruptura y fragilidad

Los jóvenes entrevistados para esta investigación, son varones de entre 20 y 30 años. Viven en pareja y tienen de uno a tres hijos pequeños. No han terminado sus estudios secundarios (y en algunos casos ni los primarios) y habitan en villas o barrios muy carenciados del conurbano bonaerense. Trabajan en el sector gastronómico o en actividades íntimamente vinculadas a dicho sector, sea en restaurantes, bares o panaderías, como mozo, lavacopas, cocinero, panadero, o pizzero. Sus trabajos son changas o empleos inestables, en su mayoría en negro e informales, de un promedio de nueve horas diarias, y con sueldos ínfimos que muchas veces no cubren requerimientos no alimentarios básicos y, en algunos casos, ni siquiera las necesidades alimentarias.

Del análisis de las entrevistas, es posible señalar para este informe algunas hipótesis⁶, cuya riqueza residirá en poder compararlas con las voces de jóvenes de otras regiones.

El trabajo pierde significatividad en la construcción de vínculos fuertes y estables en el tiempo, y por eso no constituye un soporte esencial para la generación de capital social.

Los jóvenes estudiados tienden a construir una definición compleja del trabajo. En este marco, en el que el trabajo es definido de manera multidimensional como esencia, posibilidad, autonomía, reconocimiento, saber, u oficio, al mismo tiempo que como sufrimiento, necesidad, esfuerzo, instrumento, desafío o inestabilidad; las relaciones que se entablan en ese ámbito no parecen ser significativas.

Frente a un trabajo que se vuelve cada vez más precario e inestable -sobre todo para el grupo estudiado- las relaciones que se establecen a partir de él pierden significatividad. Tanto las solidaridades horizontales (con sus compañeros de trabajo) como las solidaridades más verticales (con sus jefes u otros de mayor jerarquía) no son claras ni parecen estructurarse con la fuerza necesaria como para considerarlas determinantes en sus vidas.

La relaciones que establecen en sus trabajos, no están caracterizadas por grados altos de confianza e intimidad. No alcanzan un compromiso mayor ni aun cuando surgen atropellos a sus derechos que podrían forzar la acción colectiva (como por ejemplo en los casos en que no les pagaron los sueldos, o les deben las vacaciones, o la empresa cerró dejando a todos sus empleados en la calle sin indemnización). Asimismo, es poco común que los jóvenes mantengan algún contacto duradero con sus compañeros una vez que abandonaron su lugar de trabajo (sea porque cambian, o porque los despiden). Rara vez vuelven a

⁶ Como era probable en razón de la metodología adoptada, el proceso de análisis abrió el campo a otras hipótesis que se encuentran aún en elaboración.

encontrarse, y ninguna vez sirven a los fines de buscar un nuevo trabajo. La suma de todos estos indicadores nos habla del bajo capital social creado en su paso por un trabajo.

En cuanto al uso del capital social en la búsqueda laboral, las redes familiares y los amigos son el principal recurso a la hora de buscar trabajo. Esto constituye una ventaja y una desventaja para los jóvenes.

Implica una ventaja a la hora de buscar trabajo, porque la familia es el principal recurso frente a la falta de otros tales como: una formación o calificación adecuadas, o un capital cultural, económico y social necesarios para competir en pie de igualdad en el mercado de trabajo.

Pero se convierte en una desventaja, si se considera que las redes de relaciones de estos jóvenes -su capital social- no son amplias sino todo lo contrario. El acceso al empleo y la movilidad individual dependen con frecuencia de la interacción con parientes y amigos en situaciones de precariedad similares, que suponen tanto límites espaciales (no se suele tener información sobre oportunidades laborales en otros lugares y los medios de aprovecharlas) como límites en términos de ascenso y de progreso social en la estructura social. Generalmente, no consiguen, por medio de sus contactos, trabajos de mejor calidad, con beneficios sociales, estabilidad y cierta formalidad, lo cual les daría más seguridad para proyectar la mejoría de su situación o una posible salida de la pobreza.

En síntesis, si bien estos varones jóvenes poseen relaciones de mucha intensidad (capital social de vínculo, según el SCIG), el número reducido de esas relaciones (como veremos en la siguiente hipótesis), y la baja calidad y el monto de los recursos que intercambian en dichas relaciones, permite ratificar el bajo capital social que disponen. El problema reside en la poca densidad de los otros tipos de capital social (de puente y de nexo), más vinculados a status adquiridos, que podrían ayudarlos a superar su adscripción a la pobreza y servirles de "puente" para ampliar sus posibilidades o su información y con ello modificar su situación de marginalidad.

De biografías caracterizadas por múltiples rupturas, resulta cierta fragilidad de vínculos, que disminuye la capacidad de acumulación y el potencial de su capital social.

Las biografías de estos jóvenes son historias caracterizadas por múltiples rupturas: la pobreza, el abandono escolar, la lejanía de sus familias aún siendo adolescentes, la conformación muy temprana de su familia (generalmente provocada por embarazos adolescentes no deseados), accidentes, situaciones de abuso sexual, migraciones por trabajo y experiencias muy tempranas de empleo, que conducen hacia el desarrollo de una segunda hipótesis. La de la fragilidad de sus vínculos y, con ello, el análisis de su bajo capital social.

La clave de estas múltiples rupturas se encuentra en el hecho de que ponen en crisis y fragilizan los principales procesos de socialización, mediante los cuales los individuos construyen (y reconstruyen) esa red de solidaridades que mencionábamos en el marco teórico de este informe. Es decir, las biografías de estos jóvenes están atravesadas por multiplicidad de crisis que cuestionan los diferentes espacios compartidos por las personas donde se genera capital social. La familia de origen, la escuela o sus primeros trabajos aparecen como fracturas en sus vidas.

Los vínculos más significativos que estos jóvenes varones establecen, parecen reducirse a sus relaciones más íntimas, como su pareja e hijos; mientras que otro tipo de vínculos, de carácter más amplio, como son las relaciones de nexo o puente (como las de amistad, en el barrio, o en otro tipo de organizaciones como la escuela o un trabajo) se diluyen y aparecen de forma muy limitada en los discursos.

Por ejemplo, si bien los jóvenes suelen ser bastante solidarios, a la hora de buscar ayuda frente a una dificultad, suelen reducir su pedido a su pareja o a lo sumo a su familia de origen. Incluso, algunos han llegado a responder que "lo mejor es rezar, recurrir a Dios", y que su experiencia les ha enseñado que "deben arreglárselas solos" (esto último estuvo presente en el discurso de todos los entrevistados). Esto nos habla de un uso muy bajo de los recursos de capital social con los que podrían contar (sus relaciones en el barrio, o con su familia ampliada, o con sus compañeros de trabajo, etc.).

Las respuestas ante las dificultades suelen ser bastante individualistas, lo cual -si uno lo analiza desde del paradigma del capital social- limita la capacidad de estos jóvenes de resolución de sus problemas, ya que son menores las alternativas y, generalmente, sólo cabe esperarlas de personas que se encuentran en su misma situación de precariedad. Frente al desempleo, la falta de alimento para sus hijos (ya que cuando se trata únicamente de ellos suelen pedir ayuda), o la ausencia de un lugar para vivir, a quién más recurren es a sus padres.

Por otra parte, son pocos los lazos de solidaridad estables que establecen con sus vecinos, sus compañeros de trabajo y cuando dicen tener amigos no creen que sean ellos alguien a quienes recurrir. A la debilidad, en este nivel de las relaciones primarias e intermedias, se suma -como ya mencionamos antes- la fragilidad de vínculos con espacios colectivos más amplios.

Como la mayoría de estos jóvenes no participan de colectivos sociales de mayor alcance, como podría ser una iglesia o comunidad de fe, un club, una organización barrial, un partido político, un sindicato (instituciones, las dos últimas, que merecen opiniones muy negativas por parte de los jóvenes), las chances de abrir su mundo de relaciones se ven limitadas.

Y esto se confirma, aún, entre los pocos que sí participan en alguna organización (sea una sociedad de fomento, o una iglesia donde realizan tareas de esparcimiento), o entre los que sí suelen tener relaciones de mayor compromiso y profundidad con sus compañeros de trabajo. Generalmente, en estos casos, no consideran dichos espacios, como recursos o lugares de referencia donde solucionar sus problemas, sino, más bien, sitios donde pueden encontrar a unas pocas personas con quien pasar su tiempo libre, o divertirse. No parecen asociar de manera directa estos núcleos de sociabilidad con otro tipo de necesidades y demandas.

En síntesis, si estos espacios preexistentes de relaciones superaran la instrumentalidad, la intermitencia, el corto plazo, la precariedad y, a su vez, fueran reforzados, se convertirían en potenciales muy poderosos de solución a sus carencias. Es evidente que -al igual que en el análisis que hacíamos del trabajo- el capital social de vínculo es del tipo con el que más cuentan, pero reducido a tan pocas relaciones (su pareja, sus padres, y a veces, algún amigo), que no les permite multiplicar ni acumular capital social, como tampoco adquirir nuevos tipos (como las relaciones sociales de puente o nexo).

E. Consideraciones finales y propuestas de intervención

¿Qué les queda, entonces, a los jóvenes?

Estimular el capital social de los sectores más vulnerables puede ser una oportunidad para integrar, en una sola praxis, la satisfacción de sus demandas y el respeto a su libertad y saberes acerca de cómo resolverlas.

Sin embargo, debe quedar en claro que el capital social es un atributo colectivo complejo, y un requisito o resultante de políticas públicas efectivas más globales. El desarrollo del mismo no puede reemplazar al Estado, sino todo lo contrario: debe ser estimulado y complementar las políticas provenientes de este último. El Estado puede aprovechar, para volver más eficientes sus acciones, las redes de vínculos establecidas naturalmente por los ciudadanos, y estimular la generación de ellas en los casos donde no existen. Respetando, de esta manera, la autodeterminación de las personas para elegir su modo de vida y la creatividad para solucionar sus problemas, además, de ser un modo de potenciar su participación ciudadana y comunitaria.

Aún así, en el camino hacia una sociedad que genere progresivamente una real y efectiva igualdad de oportunidades -donde únicamente es posible el verdadero respeto por la integridad del joven como actor social con derechos-, la formulación de políticas públicas pueden valerse de los aportes generados en torno al concepto de capital social.

El capital social, como resultante de las redes de reciprocidad que las personas entablan a lo largo de su trayectoria familiar, afectiva, educativa, laboral y de participación ciudadana, nos alerta acerca de la vulnerabilidad a la que están sometidos aquellos que ven fragilizados estos diferentes espacios de sociabilidad. *Este es el caso de los varones jóvenes pobres estudiados aquí y, por eso, toda intervención debe apuntar a enriquecer y generar el sin número de grupos de referencia que, o no existen o si existen están limitados, como ya vimos, por una gran cantidad de obstáculos (son pequeños, desorganizados, circunstanciales e inestables). Lo que queda, entonces, para los jóvenes es reconquistar espacios de libertad, crecimiento personal e intercambio, porque los mismos puede constituir un soporte esencial para multiplicar relaciones generadoras de capital social.*

Como no es posible retrotraer a estos jóvenes a los espacios de socialización basados en sus rasgos adscriptos (por ejemplo reconstituir su familia de origen), resultaría fértil, para generar capital social, reforzar aquellos espacios generadores de rasgos adquiridos compartidos (como los que pasan por una formación o un trabajo digno comunes).

Por eso, cualquier política orientada a los jóvenes debe apuntar: por un lado, a ampliar y generar los tipos de capital social de puente y de nexo, más vinculados

a status adquiridos que ayudarían a superar su adscripción a la pobreza, y que por eso servirían de “puente” para ampliar sus posibilidades de inclusión. Por el otro, estimular espacios que naturalmente son fuentes de capital social. En este sentido, sería interesante atender tres esferas de intervención (educativa, laboral y política).

En la *esfera educativa*, se podrían considerar tres aristas.

En principio, el aprovechamiento de lo saberes propios de los jóvenes, su experiencia y su creatividad.

En segundo lugar, y como objetivo de máxima, se debería procurar la integración de los jóvenes en situación de pobreza y marginación al sistema educativo formal. Es necesario nivelar la población juvenil en términos de instrucción y calificación, para crear bases de igualdad de oportunidades en términos de progreso social y desarrollo personal. El paso por una educación común genera reciprocidad y con ello capital social⁷.

Por último, ante la inminente situación de necesidad del conjunto de jóvenes más vulnerables, sería dable resolver el problema de la no participación en el sistema de educación formal a través de: la capacitación no formal (asegurando la gratuidad y calidad de la experiencia, y la planificación de los cursos de acuerdo a las necesidades de los jóvenes); afianzando la articulación escuela-empleo y escuela-comunidad local.⁸ El pasaje por estos ámbitos de formación pueden ser aprovechados para entablar nexos y puentes que los jóvenes se ven imposibilitados de crear (por ejemplo, con una empresa local, o con alguna organización social barrial).

En la *esfera económico-laboral*, toda acción debería apuntar a asegurarle a los jóvenes un espacio de integración para satisfacer sus necesidades materiales y espirituales (que siguen siendo asociadas a un trabajo, como hemos visto en la definición compleja del trabajo).

No caben dudas de que, en esta esfera, cualquier propuesta que quiera ser sustentable en el tiempo debe abarcar a toda la población. Sin embargo, la lucha a favor de un sistema productivo inclusivo e igualitario, debería contemplar intervenciones que apunten a mejorar las oportunidades de trabajo de los jóvenes (íntimamente ligadas a la calidad de vida).

⁷ Esta inclusión, además, debería estar acompañada por una reformulación de los saberes formales, con el fin de adecuar la instrucción a las necesidades sociolaborales, al mismo tiempo que a las necesidades culturales, psicológicas, espirituales y simbólicas actuales de realización de los sujetos.

⁸ La importancia de este tipo de intervenciones para mejorar la calidad ocupacional de los jóvenes, no debe dejar de tener en cuenta las limitaciones de las mismas, referidas, principalmente, a la mayor segmentación del sistema educativo entre quienes pueden acceder a una formación de calidad y más duradera y quienes no. Cabe pensarlas, únicamente, como medidas transitorias, al mismo tiempo que se trabaja por la inclusión de los jóvenes al sistema formal que debe ser reformulado y ampliado.

Una propuesta podría ser estimular políticas de cooperativas, organizaciones y empresas juveniles, estimulando la capacidad de organización de los jóvenes para la producción. Otra política posible podría ser proteger las actividades autogestivas que puedan desarrollar los jóvenes y, en el caso de tratarse de trabajos informales (como las artesanías y las manualidades), articularlos con los espacios formales para mejorar su productividad e ingresos. Por último, sería interesante, apoyar y gestar redes de inserción laboral y social, para generar condiciones de estabilidad y seguridad (hoy ausentes, pero que si existen son favorables al establecimiento de vínculos duraderos en este ámbito, y por ello fuentes de capital social).

Finalmente, en la esfera política, sería útil una intervención dirigida a rescatar los derechos ciudadanos y las garantías jurídicas (en lo educativo, laboral, familiar, etc.) de los jóvenes, derechos dañados no solamente por su edad, sino también, en el caso de los más pobres, por las dificultades de inclusión social y por la criminalización de la pobreza. En esta esfera apremia la necesidad de una reforma jurídica que respete y reconozca para los jóvenes (entre sí y respecto a los demás grupos de la sociedad) igualdad de derechos.

Además, y frente a la fragilidad de vínculos con espacios colectivos más amplios, desde esta esfera podrían pensarse políticas que insten a la participación de los jóvenes en espacios institucionales (públicos y privados) de discusión, de organización, y de toma de decisiones sobre diversas temáticas, que no los involucren solamente a ellos, sino al conjunto de la sociedad. Asimismo, sería estratégico el desarrollo de políticas más indirectas pero con efectos muy profundos sobre la ciudadanía, como el ingreso ciudadano⁹ para la niñez y juventud. Este tipo de medidas suelen tener efectos muy positivos en las otras esferas, sea cambiando la variable de distribución de los beneficios sociales en función de la ciudadanía y con ello de la integración social; sea aumentando las posibilidades de los jóvenes de permanecer en el sistema educativo, permitiendo una mayor capacitación y contención social; sea mejorando la capacidad de negociación en la búsqueda de un trabajo.

Finalmente, resta decir que este pequeño esfuerzo de investigación permitió construir evidencia sólida en el conocimiento que tenemos referente a que cualquier intervención debe, por sobretodo, aprovechar las relaciones -aunque débiles o fragmentadas- que ya poseen los jóvenes, y utilizarlas de base para crear otras, porque el capital social suele auto reforzarse y acumularse. Los jóvenes son los actores de sus destinos y, por eso, ante todo es necesario conocerlos, para respetarlos y poder canalizar cualquier planificación política a través de las tramas interpersonales que ellos mismos han elegido y desarrollado en el tiempo.

⁹ Para el desarrollo del concepto de *ingreso ciudadano* ver Lo Vuolo R. (2001).

Referencias Bibliográficas

Beccaria, Luis. / Lopez, Néstor (1996). "El debilitamiento de los mecanismos de integración social", en BECCARIA, L. / LOPEZ, N. (compiladores), *Sin trabajo*. Bs. As.: UNICEF-Losada.

BLUMER, Herbert (1969). "La posición metodológica del interaccionismo simbólico", en *Symbolic Interactionism. Perspective and method*. Englewood Cliffs, Prentice Hall (Traducción).

Dubar, Claude (2000a). *La crise des identites*. Paris: PUF.

Dubar, Claude (2000b). *La Socialisation*. Paris: Armand Colin.

CEIL-CONICET, Equipo de trabajo sobre identidad y representación sindical (2001). *El proceso de construcción de identidad en el marco de las transformaciones del Mundo del trabajo en Argentina. Apuntes teóricos e hipótesis preliminares*. Buenos Aires.

Erikson, Eric (1987). *Identidad, Juventud y Crisis*, Bs. As.: Paidós.

Erikson, Eric (1987). *Sociedad y adolescencia*, Bs. As.: Siglo XXI.

INDEC (2002), Encuesta Permanente de Hogares, Octubre 2002. INDEC - Ministerio de Economía (www.indec.mecon.gov.ar).

Forni, Floreal (1992). "Estrategias de recolección y estrategias de análisis en la investigación social" en Forni, F. / Gallart, M.A. / Vasilachis De Gialdino, I. *Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación*. Bs. As.: CEA.

Fuller, Norma (1998). "La constitución social de la identidad de género entre varones urbanos del Perú", en Valdes, T. / Olavarria, J. (compiladores), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Chile: FLACSO-Chile.

Gallart, María Antonia (1992). "La integración de métodos y la metodología cualitativa. Una reflexión desde la práctica de la investigación" en Forni, F. / Gallart, M.A. / Vasilachis De Gialdino, I. *Métodos Cualitativos II. La práctica de la investigación*. Bs. As.: CEA.

Glasser, B. G. / Strauss, A. L. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*. Chicago: Aldine.

Jacinto, C. / Lasida, J. / Ruétalo, J. / Berruti, E. (1998). "Formación para el trabajo de jóvenes de sectores de pobreza en América Latina. ¿Qué desafíos y qué estrategias?", en *Por una segunda oportunidad. La formación para el trabajo de jóvenes vulnerables*. Montevideo: OIT/CINTERFOR. Red Educación y Trabajo.

Käes, René (1988). "El apoyo grupal del psiquismo individual", en *Temas de Psicología social*, N°7, Ediciones Cinco.

Lo Vuolo, Rubén (2001). *Alternativas. La economía como cuestión social*. Bs. As.: Altamira.

Meda, Dominique (1998). *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*. España: Gedisa.

Neffa, Julio Cesar (1999). "Significación de la exclusión social en la Argentina, vista desde el mercado de trabajo", en *El Desempleo en la Argentina en los años 1990, tomo III*. Córdoba: CEIL-PIETTE-CONICET, Ediciones Fundación CIEC.

Olavarria, José / Benavente, Cristina / Mellado, Patricio (1998). *Masculinidades Populares*. Chile: FLACSO-Chile.

Portes, A. (1998). "Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna", en Carpio J. / Novacovsky I. (Compiladores) *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. Bs. As.: CFE – SIEMPRO – FLACSO.

Putnam, Robert (1993). *La comunidad próspera: el capital social y la vida pública*, en la revista *The American Prospect*, N° 13, USA.

ROBISON, L / SILES M. / SCHMID A. (2002). *Social Capital and Poverty Reduction: Toward a Mature Paradigm*. Preparado para la Conferencia Internacional "Social capital and Poverty Reduction in Latin America and the Caribbean: toward a New Paradigm", 24-26 de Septiembre, 2001, Santiago de Chile.

SIEMPRO (2002). *Informe de la situación social de la Provincia de Buenos Aires, Mayo 1998 - Mayo 2002*. Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente.

Social Capital Interest Group (2001). *Social Capital: A Position Paper*. SCIG, Michigan State University.

Uphoff, Norman (2000). "Understanding social capital: learning from the analysis and experience of participation" en Dasgupta P. / Serageldin I., *Social Capital. A multifaceted perspective*. Washington D.C.: Banco Mundial.

Valdes, Teresa / Olavarria, José (1998). "Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo", en Valdes, T. / Olavarria, J. (compiladores), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Chile: FLACSO-Chile.

Zoll, Rainer (2002). *Conclusiones del Seminario Virtual Juventud y formación para la empleabilidad: Desarrollo de Competencias Laborales Claves*. OIT / CINTERFOR.

Zoll, Rainer (1992). *Nouvel individualisme et solidarité quotidienne*. Paris: Editions KIMÉ.

BREVE HISTORIA DEL IDICSO

Los orígenes del IDICSO se remontan a 1970, cuando se crea el "Proyecto de Estudio sobre la Ciencia Latinoamericana (ECLA)" que, por una Resolución Rectoral (21/MAY/1973), adquiere rango de Instituto en 1973. Desde ese entonces y hasta 1981, se desarrolla una ininterrumpida labor de investigación, capacitación y asistencia técnica en la que se destacan: estudios acerca de la relación entre el sistema científico-tecnológico y el sector productivo, estudios acerca de la productividad de las organizaciones científicas y evaluación de proyectos, estudios sobre política y planificación científico tecnológica y estudios sobre innovación y cambio tecnológico en empresas. Las actividades de investigación en esta etapa se reflejan en la nómina de publicaciones de la "Serie ECLA" (SECLA). Este instituto pasa a depender orgánica y funcionalmente de la Facultad de Ciencias Sociales a partir del 19 de Noviembre de 1981, cambiando su denominación por la de Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO) el 28 de Junio de 1982.

Los fundamentos de la creación del IDICSO se encuentran en la necesidad de:

- Desarrollar la investigación pura y aplicada en Ciencias Sociales.
- Contribuir a través de la investigación científica al conocimiento y solución de los problemas de la sociedad contemporánea.
- Favorecer la labor interdisciplinaria en el campo de las Ciencias Sociales.
- Vincular efectivamente la actividad docente con la de investigación en el ámbito de la facultad, promoviendo la formación como investigadores, tanto de docentes como de alumnos.
- Realizar actividades de investigación aplicada y de asistencia técnica que permitan establecer lazos con la comunidad.

A partir de 1983 y hasta 1987 se desarrollan actividades de investigación y extensión en relación con la temática de la integración latinoamericana como consecuencia de la incorporación al IDICSO del Instituto de Hispanoamérica perteneciente a la Universidad del Salvador. Asimismo, en este período el IDICSO desarrolló una intensa labor en la docencia de post-grado, particularmente en los Doctorados en Ciencia Política y en Relaciones Internacionales que se dictan en la Facultad de Ciencias Sociales. Desde 1989 y hasta el año 2001, se suman investigaciones en otras áreas de la Sociología y la Ciencia Política que se reflejan en las series "Papeles" (SPI) e "Investigaciones" (SII) del IDICSO. Asimismo, se llevan a cabo actividades de asesoramiento y consultoría con organismos públicos y privados. Sumándose a partir del año 2003 la "Serie Documentos de Trabajo" (SDTI).

La investigación constituye un componente indispensable de la actividad universitaria. En la presente etapa, el IDICSO se propone no sólo continuar con las líneas de investigación existentes sino también incorporar otras con el propósito de dar cuenta de la diversidad disciplinaria, teórica y metodológica de la Facultad de Ciencias Sociales. En este sentido, las áreas de investigación del IDICSO constituyen ámbitos de articulación de la docencia y la investigación así como de realización de tesis de grado y post-grado. En su carácter de Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador, el IDICSO atiende asimismo demandas institucionales de organismos públicos, privados y del tercer sector en proyectos de investigación y asistencia técnica.

ÁREAS DE INVESTIGACIÓN DEL IDICSO

- | | | |
|---|---|---|
| <input type="checkbox"/> Desarrollo Social Local y Regional | <input type="checkbox"/> Empleo y Población | <input type="checkbox"/> Historia Cultural y Social Contemporánea |
| <input type="checkbox"/> Organizaciones No Gubernamentales y Políticas Públicas | <input type="checkbox"/> Relaciones Internacionales de América Latina | <input type="checkbox"/> Relaciones Internacionales de Asia y el Pacífico |
| <input type="checkbox"/> Sociedad, Estado y Religión en América Latina | <input type="checkbox"/> Sociología de la Salud | <input type="checkbox"/> Relaciones Iglesia-Estados |

IDICSO, Dpto. de Comunicación: idicso@yahoo.com.ar

Sitio Web: <http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso>